

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*Tabita*, por D.^a Angela Grassi.—*A Córdoba* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La Cruz del Olivar* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*Teatros*, por D. Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 851.—*Pliego de Dibujos y Patrones*.



REVISTA DE MODAS.



L traje corto preocupa por el momento á todas nuestras bellas, y las que juraban no someterse á esta exigencia un tanto atrevida de la Moda, combinan hoy los colores mas encontrados para componer con ambos un traje corto, y sueñan con la linda botita fabricada por Baron ó por Reinaldo, que ha de hacer resaltar su diminuto pié. Al aceptar el traje redondo, el calzado adquiere grande importancia, y las botitas, ceñidas por delante con trencilla de color, son la necesidad actual. Las personas de cierta gravedad no pueden sin embargo admitir el traje corto mas que para camino ó playa, pero las demás en general utilizan tan gracioso atavío para mañana en la calle, donde apenas se ven ya colas arrastrando sobre las aceras, para casa, y para todos aquellos actos en que no es indispensable un traje de pretensiones.

En los vestidos cortos está muy admitido el volante de pliegues aplastados al canto de la falda inferior, utilizándose para estos lindos trajecitos vestidos ya fuera de uso, y que para éste dan gran resultado. Las faldas superiores se adornan al canto con ondas, terciopelos, almenas, etc., pero como traje de verdadera novedad en corto, no resistimos al deseo de recomendar uno gris de pelo de cabra con gran volante plegado en la falda inferior, completándole cuerpo alto con manga justa: una pequeña sotana de igual tela, escote cuadrado y unido en el hombro por lazos azules, baja, guarnecidos de azul todos los paños, hasta una tertia menos que la primera falda, cortando á los paños de abajo todos los ángulos, y uniéndolos unos á otros por una pata de igual tela y guarnecido, que cierra un lazo de seda azul. Nada tan nuevo y gracioso como este atavío, que debe completar un sombrerito redondo de paja, rodeada la copa

por un cordon de miosotis. Estas reseñas de trajes redondos son de grande utilidad, ahora que con motivo de la Exposicion de París y fiestas en varias provincias, infinitas familias anticipan las expediciones del verano.

Los trajes largos son susceptibles de infinitas combinaciones, y los variados adornos que se disputan el honor de ser elegidos, y el gusto un tanto recargado de la Moda actual expone á quien no tenga un tacto esquisito, á adoptar trajes que se avienen mal con su gusto ó posicion en el mundo, escollo de que debe huir la persona que verdaderamente sepa estimarse y dar á su familia justo decoro. ¡Nada perjudica tanto á la buena opinion de una madre y de una esposa, como las pretensiones exajeradas de sus trajes y adornos! Feliz aquella que comprende que no está jamás reñida la elegancia con la sencillez, y sabe elegir de entre todas las prescripciones de la Moda las que se avienen con su fortuna!

Los trajes de peplum encima de otro de color, ó sea sotana corta con escote cuadrado, siguen haciéndose con gran profusion, y no faltará quien use este verano *sotana-peplum* de encaje negro sobre los trajes vaporosos de la estacion. En batistas y linós tendremos mucho que elegir para trajes de verano; ya se anuncian de fondo blanco y maiz con ramos y palmas estampados en medias tintas, que serán un verdadero capricho del mejor gusto. Créese que continuarán gastándose con visos de seda azul, rosa, ó del color de la estampacion, lo cual será dar al traje su mas distinguido complemento.

El paletot de encaje negro, imitacion del peplum, y que por ser menos pretencioso se amolda mejor á todas las clases y edades, obtendrá este año gran favor, á juzgar por los que ya se ostentan sobre los trajes de primavera, generalmente de seda de color claro: á alguno de estos paletots

se les pone viso de seda blanca ó gris, pero esto de ningún modo lo recomendamos á las señoras que tengan un cuerpo esbelto que ostentar, y cuyos contornos deben siempre dejarse admirar á través del tul.

Algunos hemos visto en este género de paletots de Cluny blanco y forma peplum, esto es, holgados y con grandes puntas á los lados, que no nos han satisfecho completamente, tanto mas, porque siendo los trajes que han venido de la estacion en fondos claros, el paletot de encaje, ceñido ó suelto, está indicado negro por el buen sentido. Los paletots iguales al traje ofrecen siempre un distinguido atavío para calle y visita, y los negros de *poult de soie* y grós de París, guarnecidos de azabache, son el gran recurso de los trajes de medio carácter. Para mañana y noche, para trajes de campo, etc., se confeccionan tambien lindos paletots de forma holgada en lanas dulces, y prestan suave calor, sin que fatigue su peso.

La cuestion que se agita con cierto interés por el momento, es si debe ó no suprimirse la crinolina. Algunas señoras exajeradas en su manera de vestir renuncian completamente á ella; otras, obrando mas cuerdaamente, á nuestro juicio, no rompen de repente con la costumbre, y siguen usándola, aunque moderada. Esta es la verdadera aplicacion de la Moda. Miriñaque reducido, que con la enagua de escaso vuelo por arriba y volante por abajo, contribuye á despedir la exajerada cola del traje. Esto es utilizar el miriñaque, prescindiendo de la ridiculez que llevaba hasta ahora consigo.

Los diminutos sombreros, lindo adorno mas bien que sombrero, son mas admitidos que otros años por nuestras lindas madrileñas, que al llegar esta estacion le proscribian por el velo, que les permite lucir su gracioso peinado. Sin renunciar este año al velo de punta en la frente y redondo por detrás, le alternan con el lindo sombrerito de paja ó tul, casi cubierto de flores, que apenas cubre tampoco su bien peinada cabeza.

Ahora, para concluir con las Modas del momento, describiremos un traje de calle (*Figurin 851*), compuesto de un vestido de tafetan gris, cortadas al biés sus dos faldas,

siendo en la de abajo mas pronunciada la cola; ambas van adornadas de agremes de pasamanería perlada, y orilladas de un biés azul. La manga es lisa y sin ningún adorno. El cuerpo, liso tambien, va guarnecido de agremes en su parte superior. El cinturon es tambien de seda azul. El sombrero que acompaña á este traje es de tul blanco, orillada el ala de una drapería del mismo tul, cubierta con una corona de hojas de hiedra, sujeta á cada lado por una rosa: las bridas son blancas, de seda.

Como traje de campo, propio para una señorita, recomendamos uno de *brasileña* blanca, que es una tela lijera, rayada. El cuerpo, de aldetas, cortadas en punta por detrás y redondas por los costados, forma echarpe por delante, cuyas puntas descienden sobre la falda: va completamente orillado de un plegado de tafetan color de rosa. La falda de este vestido es corta, guarnecida en el bajo de igual plegado, y adornada de bieses del mismo tafetan, que terminan en una roseta con un boton de seda en su centro. La saya es tambien de seda color de rosa, adornada de un guipure negro. Completa este airoso traje un sombrero redondo de paja de arroz, con el ala lisa: la copa va rodeada de lazadas de cinta rosa, con un ramo de lilas blancas por delante.

Acompaña á estos dos trajes tan á propósito en la estacion, otro de niña de seis á siete años. La falda y el paletot son de gasa de Chambéry blanca, con lunares verdes. Bieses de seda de este color orillan el paletot y recojen por ambos lados la falda, que descansa sobre una saya corta, tambien de seda verde. Un sombrerito liso de crin blanca, con cinta verde, puesto de lado, completa el traje.

Terminaremos este cuadro con otro traje para niño de ocho á nueve años, con chaquetita de paño oscuro, adornada de ojales figurados de pasamanería y lazos en los hombros de cinta azul, igual á la corbata. El pantalon, corto y ancho, es de la misma tela que la chaqueta. Sienta muy bien á este traje el chaleco de piqué blanco, con botones azules.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

TABITA.

¿Quién no admira y bendice á esas piadosísimas mujeres, á quienes distinguimos con el dulce título de Hermanas de la Caridad? ¿Quién no se siente conmovido en presencia de esos ángeles benéficos, que realizan con santo ardor, con abnegacion sin límites, el bello ideal del cristianismo?

¡Ni la peste con su mortífero aliento, ni la guerra con

su cortejo de horrores, logra disminuir un solo instante su magnánima firmeza! Allí acuden adonde la humanidad está en peligro; escojen por morada los hospitales, las cárceles sombrías, los ensangrentados campamentos, la choza del desvalido: ¡allí están, dónde quiera que se sufra, dónde quiera que se lllore! Aquí sirven de madres á los desamparados huerfanitos, allá de sostén á caducos ancianos, que nada esperan ya sobre la tierra, mas que saludar en paz los postreros soles de su vida!

¡Santas y benditas mujeres, que como el Salvador divi-

no, su maestro, siembran con lágrimas, para recoger cosechas de virtudes! Estrechamente abrazadas á la Cruz, que es su bandera, no deslumbra sus miradas ni el brillo del oro, ni la pompa de las mundanas glorias: privaciones, sufrimientos, y tal vez ingratitudes, nada las detiene, nada las arredra, y continúan su marcha prodigiosa, transmitiéndose unas á otras, á través de las vicisitudes de los siglos, la tradición de los secretos caritativos, que nadie posee como ellas, que nadie tal vez sabría utilizar como ellas en beneficio de la humanidad doliente.

Y mientras el mundo tributa entusiastas aplausos á sus actos de heroísmo, ellas, en su ingénua humildad, en su cándida sencillez, permanecen tranquilas, y van y vienen, ataviadas con su traje de burdo paño, cubiertas con un negro velo ó una modesta toca blanca, atentas solo al placer de enjugar una lágrima, ó evocar una sonrisa en los labios que el dolor ha plegado y descolorido.

¡ Santas y benditas mujeres, hermanas de los Angeles, cuán bellas serán las palmas que Dios os prepara en su Sagrario !

Pero no data de hoy esta institución piadosa, nació al calor de la palabra del Mesías, brilló en las primitivas iglesias de Judea, fué una noble y magnánima mujer quien la dió vida, cuatro años después de la muerte del Redentor divino.

Hay en Siria una antiquísima ciudad, tan antigua, que Josué ya marcaba en ella los límites de la tierra de Dan, y célebre en la Sagrada Escritura por los prodigiosos acontecimientos acaecidos dentro de sus muros.

Los griegos y los romanos la reverenciaban por su augusta antigüedad, concediéndola mil prerogativas, pues en efecto su origen se pierde en el caos tenebroso de los tiempos. Es Jaffa. Está situada en una lengua de tierra, que se adelanta en el Mediterráneo, descuella sobre una colina en forma de anfiteatro, y mientras el mar la rinde un tributo de corales, las huertas que la cercan la brindan con excelentes frutos, y entre ellos, limones, naranjas y sandías, que no tienen igual en el mundo por su magnitud extraordinaria.

Hoy, en sus iglesias, convertidas en mezquitas, brilla la media luna; hoy, por sus calles estrechas, tristes y solitarias, transitan confundidos turcos, griegos, árabes y armenios, y su comercio es escaso, despojados de gloria sus anales. ¡ Es una ciudad que se encamina al sepulcro !

Cuando el Universo asombrado asistía al holocausto de un Dios que se inmolaba por el hombre, estaba floreciente y poderosa.

Entre otras muchas glorias, contaba la de haber dado el sér á Tabita, que en lengua siríaca significa gacela, ma-

trona ilustre, notable, al par que por su talento y su hermosura, por sus cuantiosas riquezas, y la pompa régia de que se rodeaba.

Pero un día se vistió con un tosco sayal, abandonó su palacio, distribuyó sus riquezas entre los pobres, y fué á refugiarse en una modesta vivienda.

Es que la palabra del Redentor divino había llegado hasta ella, conmoviendo profundamente su corazón, iluminando su espíritu.

Sintióse repentinamente abrasada por el santo fuego de la caridad, y ya, perdiendo todo atractivo á sus ojos las fiestas mundanas, los frívolos placeres de un día, concentró su febril actividad en ser útil á sus semejantes.

¡ Pero hay tantas lágrimas en el mundo, son tantos los males que aquejan al mísero peregrino de la tierra ! Tabita, en medio de su generoso entusiasmo, hubiera querido estrechar á todos los pobres sobre su corazón, reuniéndolos en un solo abrazo, y vertía lágrimas de desaliento y de tristeza, al ver la impotencia de sus fuerzas. ¡ Tabita no podía cuidar á todos los enfermos, no podía consolar á todos los afligidos !

El amor es ingenioso: inspirada sin duda por el espíritu divino, reunió á las viudas de Jaffa, y entre lágrimas y suspiros, las manifestó su piadoso intento.

Sus lágrimas, su ejemplo, el fuego de sus palabras, electrizaron á las viudas, que se ofrecieron á secundar su obra portentosa.

Al día siguiente, ya no era sola Tabita la que recorría las calles, vestida con un tosco sayal, cubierta con un negro velo, buscando miserias que socorrer, infortunios que redimir.

Fueron veinte mujeres piadosas, luego ciento, luego mil, y luego el número de las imitadoras de Cristo no tuvo límites posibles. Las hubo en todas las ciudades de Judea, siguieron á los Apóstoles en sus dilatados viajes, y su institución se propagó con tanta rapidez como el cristianismo, que la había dado origen.

Tabita no abandonó á Jaffa ni á sus amadas compañeras. Habitaban todas juntas, y mientras las unas iban de casa en casa, socorriendo á los enfermos, velando á los moribundos, consolando á las viudas y á los huérfanos, las otras pasaban las horas ocupadas en tejer telas bastas para que sirviesen de abrigo á los indigentes.

Dios bendijo la obra de la ilustre matrona; Tabita fué la madre de una familia que no se acabará nunca, ¡ Interin haya miserias que socorrer y lágrimas que redimir, ofreciéndonos el sublime espectáculo de lo que puede hacer un alma iluminada por la fé y abrasada por el amor divino !

ANGELA GRASSI.



LITERATURA.

A CÓRDOBA.

Córdoba, la patria hermosa
Do el génio fijó su planta;
La ciudad que se levanta
Soberbia y majestuosa;
La que espléndida reposa
Ante el Bétis, que suspira
Cuando entre flores la mira
Bañada en su dulce encanto;
Hoy bajo su excelso manto
Mi mente absorta la admira.

Tal vez recuerda angustiada
Su esplendor, materna gloria;
Las páginas de su historia
De ilustres triunfos bordada.
Su frente eleva extasiada,
Y quiere al cielo tocar;
Yo la miro despertar,
Y ante sus glorias me humillo;
Si grande perdió su brillo
Grande lo sabrá alcanzar.

Córdoba, reina y señora;
Péñil de palmas cubierto;
El árabe en su desierto
Con ardiente afán te llora.
Tú eres la flor seductora
De la andaluza guirnalda;
En tus campos de esmeralda
La primavera se agita,
Y envidiara tu mezquita
De Sevilla la Giralda.

En tu cielo soberano
Alegre cual la fortuna,
Cielo que cubrió la cuna
De Góngora y de Lucano,
El sol se levanta ufano
Con mas brillantes fulgores;
El Alba llora en tus flores,
Y de esas flores preciosas,
Nacen mujeres hermosas,
Artistas y trovadores.

Córdoba, perla cautiva
Entre lirios y azucenas,
Que con tu hermosura llenas
Del Orbe la frente altiva,
Deja que en tu historia viva
Con entusiasmo profundo
El arte, que sin segundo,
Fué la luz de tus ingénios;
Si eres ciudad de los génios,
Vales tanto como el mundo.

Tu Catedral, cuyo nombre
De polo á polo cruzó,

Un génio la levantó
Para admiracion del hombre.
¿Quién habrá que no se asombre
En su ardiente desvarío,
Al mirar tu poderío,
De tus templos el tesoro,
Y de *El Arcángel de Oro*
Temblar la sombra en el río?

Ricos alcázares tienes
Que guardan ricas historias;
¡Ay del que insulte tus glorias
Con miserables desdenes!
No existen torpes harenas
Como ayer sobre tu suelo;
Hoy tus mujeres modelo
Son de nuestro Eden las perlas,
Y los Querubenes, al verlas,
Las envidian desde el cielo.

A. F. GRILLO.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

Ya las sombras de la noche habian estendido por los campos su enlutado manto y aun estaba allí, viendo con los ojos del alma la angelical figura de María, y aquel rostro tan espresivo, tan lleno de inteligencia y de majestad.

—¡Ah! ¿por qué esta mujer no ha nacido en elevada cuna?... se decia; ¿quién mas digna que ella de poseer un título de nobleza? ¿quién mas honrada y mas noble? Me ama, lo conozco; porque ella sufre y sostiene una lucha gigantesca entre su deber y su amor; ¡infeliz! ¡y ambos sufrimos, y ambos seremos desgraciados, porque yo no tengo su abnegacion, yo no hallo fuerzas en mí para vencer este amor que me abrasa!

Embebido en estas reflexiones se pasaban las horas, y el pobre Marqués no sabia apartarse de allí; por fin se decidió á ir á buscar su caballo, y se dirigió á su quinta. Tenia muchas horas de camino; pero qué le importaba si le prestaba sus alas el amor.

En cambio, aquellas visitas eran una herida mortal para la reputacion de la pobre niña; en el pueblo corrió la voz de que el marqués del Torrente era su amante, y la maledicencia, ese veneno corrosivo, cundió de tal manera en pocas horas, que era ya irremediable la ruina y el des- crédito de la desgraciada niña.

X.

La serenata.

No faltó el Marqués á la siguiente noche; su amor se convirtió en delirio, en locura, y estaba dispuesto á em-

plear todos los medios imaginables para conseguir la realización de su deseo.

Eran las doce de la noche cuando llegó á Tórtola; una luna ténue y plateada iluminaba la estrellada esfera, y no le fué difícil reconocer el sendero que le condujo cerca de la casa de María; siguió á lo largo de los muros, y fué á buscar la puertecilla que daba al campo, pero no le valió su precaución para no ser visto; varias sombras que estaban escondidas detrás de una esquina se deslizaron tras él, le vieron llegar, apearse, llamar á la puerta, abrirse esta en silencio, y penetrar el caballero y el caballo en el ancho corralón de la casa que habitaban las dos mujeres.

A pesar de que no estaba acostada todavía, de nada de esto se apercibió la jóven; su malestar y su desvelo eran grandes, tenía fuerte dolor de cabeza, y se asomó á la ventana de su cuarto para respirar el aire libre. Esta ventana daba á una de las principales calles del pueblo.

Dos hombres se encontraron debajo de la ventana de María, y se detuvieron.

—Olá, chico, dijo uno de ellos, ¿andas rondando la casa de la guardesilla?

—No, amigo mio, contestó el otro como queriendo ocultar una debilidad.

María conoció la voz de Manolo y aplicó el oído.

—¡Cómo la querías tanto! Ya se vé, si era una perla; la mejor chica del pueblo; pero buen chasco nos ha dado.

—Todavía no creo yo la mayor parte de lo que se dice, contestó Manolo; y si te he de decir la verdad, ando alrededor de la casa por convencerme yo mismo; quiero ver si efectivamente viene á visitarla el Marquesito. Mi madre dice que le ha visto; mas como ha tenido siempre tanta oposición á que me case con ella, tal vez pretenda con eso desilusionarme.

—Desengáñate, Manolo, esa chica no es lo que era; ha vuelto á Tórtola cabizbaja, descolorida y triste; ella, que era la alegría del mundo, quién sabe si el remordimiento la estará desgarrando el corazón. Además, la misma Macrina lo anda diciendo por todas partes; esta mañana en casa enseñó un gran bolsillo lleno de oro que la ha regalado el Marqués, y dijo que dentro de poco sería su hija Marquesa; esto lo he oído yo, con que no puedo dudarlo.

—¡Si parece imposible! Ella tan virtuosa toda la vida, manchar así su reputación por un puñado de oro, cuando ha podido casarse conmigo; porque te lo digo francamente, la quiero con toda mi alma, y si esos rumores no tienen fundamento, me casaré con ella.

—Pues no lo dudes, el Marqués la visita.

—Lo veré, y si le veo entrar á deshora en su casa no vuelvo á mirarla en mi vida.

—Yo te acompañaré; vigilaremos juntos. Vamos hácia el camino de Guadalajara, por allí debe venir.

Los dos mozos se alejaron, y María, acometida de un temblor nervioso, cayó de rodillas, quedando con la frente apoyada en el marco de la ventana.

—¡Oh, Dios mio!... ¡y cómo anda por el pueblo mi reputación hecha giras! exclamó la infeliz, y mi madre es la primera en deshonrarme, y no solo recibe dinero, sino que hace ostentación de ello, como si fuera una gala!...

¿Si será verdad que no soy su hija? No solamente la tia

Chiripa, sino varias mujeres del pueblo me lo han dicho; pero unas aseguran que Mauricio me encontró perdida en el campo, y otras que me arrojaron á su puerta; este rumor no puede ser falso, y casi voy creyendo que no puede ser mi madre la mujer que me aconseja admita unos amores tan vergonzosos.

Abismada en estas reflexiones se iba pasando el tiempo sin que María se apercibiera de que estaba de rodillas, y de que el fresco de la noche no refrescaba su calenturienta cabeza.

El cuarto estaba á oscuras; mas al iluminarse repentinamente, la jóven salió de su meditación y se levantó. Macrina acababa de poner una luz sobre la mesa.

La ventana se hallaba tan baja, que desde fuera se veía todo lo que pasaba dentro. María al levantarse vió en la calle algunas personas inmóviles que la miraban con atención; cerró las maderas, y al volverse se halló frente á frente con el Marqués, que siendo tan pequeña y tan pobre la habitación, y no teniendo silla donde sentarse, se había sentado sobre la cama de la jóven.

María dió un grito penetrante, y tuvo que apoyarse en una mesa para no caer al suelo.

En aquel momento se sintió en la calle gran ruido de instrumentos; empezaron los mozos del pueblo á tocar guitarras y á cantar de esta manera:

Dicen que á la guardesilla
No le gustan los aldeanos,
Porque tiene por amante
A un Marquesito muy guapo.

Pálida y trémula escuchó María esta copla; miró con angustia al Marqués, y exclamó:

—¡Soy perdida! ¡soy perdida!... cayendo desplomada sobre el pavimento.

Cuando el Marqués y Macrina la levantaron estaba sin sentido, y permaneció largas horas sin dar señales de vida.

—¡Esos pícaros la han asesinado con sus cantares! decía Macrina desolada.

—Corra Vd. por Dios á buscar un médico, exclamó el Marqués en el colmo de la desesperación, viendo que sin volver en sí se agitaba en horribles convulsiones.

—Pero márchese Vd. cuando le vea llegar; no conviene que le vean á Vd. aquí.

—Bien, me marcharé; pero corra Vd. por Dios, que María se muere.

Y en efecto, cuando el médico fué la encontró luchando con la vida y la muerte.

¡Qué desconsuelo para el jóven Marqués, que la quería con toda su alma; tuvo que marcharse antes de amanecer sin haber tenido el consuelo de que recobrarse el conocimiento, para haberla consolado con sus protestas de eterno cariño! ¡Cuán triste llegó á su casa, y qué largas se le hicieron las horas del día, hasta que por la noche pudo velar á su lado! Pero no por eso María le escuchó: ocho días se llevó delirando, sin que la espantosa fiebre que la consumía la dejase un momento despejada.

Diariamente la visitó el Marqués; él y el médico eran las únicas personas que entraban en aquella solitaria y tris-

te casa. Los amigos que antes tenían la desdénaron por completo.

Manolo, sin embargo, pasaba muchas veces por la calle; estaba triste, suspiraba con frecuencia; pero contentándose con mirar á la puerta no se atrevió ni aun á preguntar por la salud de la pobre jóven.

A los nueve dias empezó á mejorar; la naturaleza habia vencido en aquella lucha gigantesca, y el médico declaró que se hallaba fuera de peligro.

Por la noche, cuando llegó el Marqués, se admiró de encontrarla en su completa razon.

—¿Viene Vd. á concluir de matarme? le dijo la jóven con dolorosa tristeza.

—¡María!... dijo el Marqués con ternura; vengo á ofrecerte mi corazon, ¿no es bastante esto para reparar el mal que te he causado?

—No señor; ha destruido Vd. mi felicidad al arrojar por el lodo mi reputacion que no tenia mancha ninguna, y para mí no hay ya ventura en la tierra, ¿por qué no me han dejado ustedes morir?

—¿De manera, que me rechazas? ¿No quieres ser mi esposa?

—Lo seria si poseyese un título de nobleza; porque á pesar de todo, no puedo arrancar de mi corazon el amor que ha sabido Vd. inspirarme.

—¡Ah! ¿Con qué me amas?... ¡Esa confesion me llena de gozo!... esas palabras me hacen el mas feliz de los mortales.

—No se regocije Vd., pues no seré su esposa ni su querida, aunque supiera morir de amor.

Habia tal resolucion en estas palabras, dichas por la jóven con tono firme, que el Marqués contuvo su alegria, y exclamó:

—¡María!... no es posible tanta resistencia en un corazon amante; tú accederás á mi deseo.

—Eso lo veremos; por de pronto, suplico á Vd. que no vuelva á visitarme; me perjudican sus visitas.

—¿Y qué importa? Todo el pueblo sabe ya que vengo; esos insolentes de mozos están siempre en acecho, como si algo les importara.

—Siquiera déjeme Vd. recobrar la salud con tranquilidad.

—Está bien; me marchó, y volveré dentro de tres dias; traeré un carruaje, y te llevaré con tu madre á Madrid; allí serás mi esposa, y no tendrás que temer las insolencias de esos campesinos.

María no contestó; tenia el rostro cubierto con las manos, y lloraba.

A la mañana siguiente de esta escena fué cuando Enrique entró en la habitacion de su hermano á pedirle una explicacion de su conducta. Ya sabemos lo que pasó entre ellos, y cómo les fué imposible, tanto á él como á su madre, hacerle confesar el objeto de sus salidas nocturnas. Por la tarde, y despues de haber comido en familia, pidió el coche y se marchó á Madrid, declarando que tardaria dos dias en volver.

—Aprovechemos esta ocasion, madre mia, dijo Enrique, y vámonos á Tórtola, allí está María; es una jóven ingénua y buena, y estoy seguro de que nos dirá la verdad.

—Ves tú solo, hijo mio, averigua lo que hay, y si es preciso iré yo; conviene guardar sobre todo el mas inviolable secreto, porque si tu hermano sabe que descubrimos sus intenciones para contrariar sus designios, se incomodará fuertemente, y quién sabe los disgustos que podrá darnos.

—Tiene Vd. razon; iré mañana temprano, y veremos lo que resulta, dijo Enrique.

Efectivamente, al poner en planta su pensamiento tuvo la buena suerte de encontrar sola á María; Macrina estaba en misa; el despegó que le manifestaba la jóven la tenia muy disgustada, y á instancias suyas se marchó, dejándola sentada junto á la ventana, y sumamente débil y abatida.

Un caballo se detuvo á la puerta de la casa. María se estremeció.

—¿Quién será?... murmuró; ¿tendrá tanto descaro el Marqués que venga á verme en medio del dia?... ¡Quién sabe!... ¡Adelante! exclamó, oyendo que llamaban á la puerta.

Esta, que estaba entornada solamente, se abrió, y la sonora y argentina voz de Enrique se dejó sentir, preguntando si vivia allí la viuda y la hija del guarda del Duque.

—Sí, señor; tenga Vd. la bondad de pasar; contestó María reconociéndole.

XI.

Visita indagatoria.

Enrique ató las bridas del caballo á las rejas de la ventana y entró en la cocina, que era la primera pieza, pasando despues al cuarto de María. Por un movimiento involuntario se quitó el sombrero al ver á la jóven, que le saludó con la mayor finura, diciéndole:

—¡Ah! Señor, perdone Vd. que no me levante; he pasado nueve dias de penosa enfermedad, y es hoy el primero que abandono el lecho por algunos instantes, encontrándome tan débil y abatida, que ni aun fuerzas tengo para sostenerme.

Habia tanta majestad y tanta nobleza en la poética figura de María, que imponia sin pretenderlo un respeto involuntario. Enrique se hallaba fascinado por aquella mirada dulce y serena, por aquel aire de inocente candor y de sencillez, al propio tiempo que de suprema dignidad.

—¿Cómo se encuentra la señora Marquesa? preguntó despues de unos momentos de silencio, y viendo que Enrique, á un signo de ella, tomaba asiento en un taburete inmediato.

—Bastante delicada, por desgracia; hace tiempo que sufre.

—Quizá desde mi salida de la quinta, ¿no es verdad?... Porque yo la dejé perfectamente buena.

—Sí, señora, desde entonces.

Enrique la miró con asombro.

—Y la señorita Ada y los señores Condes, ¿están buenos? ¿Son felices? ¡Cuánto sentí dejarlos con la idea de ser ingrata á sus beneficios!...

—¡Ah! Ciertó que fué muy extraño el abandono de ustedes, pero están sin novedad, aunque no contentos, porque el disgusto que sufre mi buena madre les alcanza tambien.

—¡Y seré yo la causa, aunque inocente, de la desgracia de unos señores tan buenos, á los que amo con todo mi corazon, y por quienes daría la mitad de mi vida si necesaria fuese para su felicidad!... exclamó la jóven bajando los ojos y cruzando las manos sobre las rodillas en dolorosa actitud.

—¡Quién sabe, hija mia!... Desde luego si no es usted la causa, podría explicarnos el enigma, que no acertamos á descifrar; por eso he venido á buscar á Vd., y con encargo de mi buena madre, que llora los desvíos de mi hermano.

—Lo he comprendido en el momento de sentir á Vd., y crea que esta visita es para mí la mayor felicidad que pudiera darme. Soy muy desgraciada, pero me lisonjeo de hallar en Vd. y en la señora Marquesa unos protectores generosos.

—Cuenta Vd. desde luego con nuestra completa protección, con nuestra amistad y nuestro cariño; pero en cambio de su franqueza.

—¡Mi franqueza!... Vaya Vd. preguntando, y le responderé con el corazon en la mano; le aseguro que no manchará mis labios ni la sombra de una mentira.

—En este caso, sírvase decirme si mi hermano la visita todas las noches.

—Antes permítame que le cuente en breves palabras una historia dolorosa.

—Ya escucho.

—Yo era feliz al lado de mi padre viviendo en la casita del guarda, en el olivar del Duque.

Me pretendía un honrado jóven del pueblo, labrador de los mas ricos de aquí, con quien tarde ó temprano hubiera llegado á casarme, si su hermano de Vd. no hubiera venido á robarme la tranquilidad y á manchar para siempre mi reputacion; pues ya, por mas que sea inocente, no es fácil remediar el mal que me ha hecho.

María, dolorosamente afectada, enjugó dos lágrimas que se deslizaron á lo largo de sus mejillas.

—Prosiga Vd., repuso Enrique conmovido.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

TEATROS.

Bien indicábamos en una de nuestras precedentes reseñas que el gusto del público habia experimentado en materia de música un notable adelanto. Imposible hubiera sido años atrás hacerle oír sonatas, sinfonías y óperas clásicas sin que su disgusto se manifestase más ó menos enérgicamente, y hoy sin embargo se ve que los nombres de Haydn, Mozart, Beethoven y Mendelssohn le son muy conocidos, y que ha saboreado y aplaudido muchas de las obras de tan insignes autores, ya en el Conservatorio donde tienen su espresion mas seria y pura, ya en el circo del Príncipe Alfonso, ya al presente en el teatro REAL.

Tales observaciones se nos venian á la mente al asistir en la pasada semana á la representación de *Don Juan*, pues recordábamos en particular, como mayor corroboracion de nuestras opiniones, que hace veinte y tantos ó treinta años hubo de estrenarse dicha sublime creacion en el coliseo de la Cruz, y tanto desagradó que por mucho tiempo quedó su nombre como símbolo de óperas soporíferas. ¡Dios perdónese á nuestros predecesores tan inicuo pecado, que algo puede atenuarlo una mala ejecucion! ¡Perdone asimismo á los que hace dos ó tres años se inclinaban un tantico al mismo parecer cuando *Don Juan* fué ejecutado en el mismo teatro REAL! Hoy que su desempeño ha sido bueno en lo general, y excelente en parte, habrán podido conocer su error, y admirar alguna de las innumerables bellezas que esmaltan aquella partitura, como flores y perlas que enriquecen un rico manto de suntuosa tela de brocado.

No vamos á hacer un juicio filosófico ni un detenido análisis de esta inmortal composicion del gran Mozart, del génio mas delicado y prodigioso que se registra en los fas-

tos musicales, del autor que á no haber muerto muy jóven hubiera alcanzado la fecundidad de Lope de Vega, más truo de la naturaleza. Sobre no tener espacio para ello fuera irrespetuoso de nuestra parte. Las opiniones unánimes de los más elevados críticos de Europa, y los aplausos de los pueblos, nos parecen una sancion tan difícil de conseguir, que una vez conquistada como la conquistó *Don Juan* deben hacer callar bocas desautorizadas como la nuestra.

Por otro lado mirada la cuestion, no sería difícil ostentar grande conocimiento y estudio de la ópera de que se trata: bastaría echar mano de cualquiera de semejantes críticos, de Scudo por ejemplo, que es el mas cercano de nosotros, para analizar y quilatar hasta los mas exiguos pormenores, pues no seríamos ni el primero ni el último escritor que á tal arsenal acudiera en busca de armas de lucimiento ó de combate, adquiriendo sin mas trabajo que el de traductor la reputacion de crítico erudito.

Habremos pues de contentarnos con decir en globo y como expresion del público, que *Don Juan* (á quien chistosísimamente llaman en los carteles *D. Giovanni Tenorio*) es una creacion importante bajo tres puntos cardinales de vista: el de la trascendencia filosófica respecto á la revelacion del asunto y pintura de los caracteres; el de la selecta y clásica forma; el de la iniciacion y perfeccion de la ópera moderna.

Llega en el primero el autor á una altura maravillosa, pues cuanto posible es hacer valiéndose de notas y combinaciones musicales, para dar idea de la índole del drama, otro tanto ha realizado Mozart, ya pintando al seductor y descreído protagonista, al truhanesco y medroso Leporello,

á la ambiciosilla y poco firme Zerlina, á la noble D.^a Ana, á la apasionada D.^a Elvira, al rústico Massetto, al galán don Octavio, ya combinando todos estos elementos y haciéndolos coadyuvar á un fin grandioso y tremendo como lo es el del argumento.

Respecto del segundo punto no hay para qué hablar, pues toda la partitura desde el principio al fin es un modelo de espontaneidad, de elegancia, de inspiración; punto en que por ejemplo no nos dejarán mentir el aria *Madamina, il catalogo è questo*, la pastorela *Giovinette che fatte all'amore*, el duetto *La, ci darem la mano*, las arias *Fin ch'han dal vino* y *Batti, batti, bel Massetto*, la serenata *Deh! vieni alla finestra*, el aria *Vedrai, carino* y sestetos que le sigue, la de D. Octavio *Il mio tesoro*, y por último todo lo que queda, particularmente el admirable duetto que comienza *Ostatua gentilissima*, prodigio de colorido y de inimitables contrastes.

Examinada la partitura bajo el tercero de los conceptos enunciados, el de perfeccionadora de la ópera moderna, no es posible dejar de admirarse al examinar el desarrollo de los motivos, la riqueza en la sonoridad, la plenitud de pensamientos y combinaciones de su colosal orquesta. Mentira parece que *D. Juan* se estrenara en 1787. ¿Qué se ha hecho despues nuevo, verdaderamente nuevo? Muy poco que haya sido bueno. Y esto sin contar que por nuevas han estado pasando inuchas formas, muchas ideas que tenían su paternidad, su original, su modelo en *Don Juan*. Casi todos los compositores ilustres, comenzando por el célebre Rossini, han bebido en Mozart la inspiración, y de sus obras se han aprovechado como de un inagotable filón. Pero de esto no hay que hablar: el público en masa, hasta el menos perito, ha conocido lo que decimos, viendo desfilar ante sus ojos ideas y pasajes que habia aplaudido en compositores de nuestros días. Bástenos consignar que Mozart elevó la ópera á una altura que no se ha sobrepujado despues, y eso que lo hizo á fines del pasado siglo.

Bueno ha sido el desempeño de los diversos papeles de *Don Juan*, pues sobre haberse hecho un discreto reparto de ellos, el mejor que era posible en las condiciones de la actual compañía, todos los artistas han trabajado con celo y notorio deseo del acierto. No se ha obtenido éste siempre y por todos, por falta de tradición y costumbre en tan delicado género de música; pero sin embargo, ha salido el resultado muy digno de estimación verdadera y aún de aplauso caloroso en muchos pasajes. Las Sras. Penco, Nantier, Sonrieri, y los Sres. Bonnhée, Selva, Tamberlick, Varvoni y Medini, han representado respectivamente á D.^a Ana, Zerlina, D.^a Elvira, D. Juan, Leporello, D. Octavio, Massetto y el Comendador.

La orquesta ha ejecutado su parte con admirable precisión de tiempos, con perfecta afinación, con variedad de matices y de acentuaciones. El Sr. Bonnetti se ha hecho como ella acreedor á un sincero y merecido aplauso.

Este maestro director ha demostrado tener un gran respeto á Mozart. Esto significa que le entiende.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicación del pliego de Dibujos y Patrones.

- NUM. 1. *Abecedario*, bordado al pasado.
- NUMS. 2. *Cenefa*, para saya, bordada sobre tela de lana con aplicaciones de otro color.
- NÚM. 3. *Entredos*, para falda interior, bordado á punto ruso.
- NUM. 4. *Cuello*, bordado con lancil á punto ruso, sobre holanda.
- NUM. 5. *Puño* correspondiente.
- NUM. 6. *Cofa*, bordada á plumetis sobre batista fina.
- NUM. 7. *Ramo*, para un gorro griego, bordado al pasado.
- NÚM. 8. *Entredos*, bordado á punto ruso.
- NÚM. 9. *Cenefa* de un gorro griego, para acompañar al ramo núm. 7.
- NÚM. 10. *Cuadro* ó cuarta parte de una servilleta para té, bordado en trencilla de color sobre tela cruda, con dobladillo alrededor ó fleco deshilado.
- NUM. 11. *Entredos*, bordado al pasado.
- NUM. 12. Otro id. al minuto.
- NÚM. 13. *Pañuelo* con cenefa de jaretas verticales y cuadros bordados á plumetis.
- NÚM. 14. A. S., bordados á plumetis.
- NUM. 15. D. S., id.
- NUM. 16. L. D., id. á realce.
- NÚM. 17. *Escudo*, bordado á plumetis.

El patron que va á la espalda de este pliego corresponde al abrigo llamado D. Carlos de la lámina que hemos dado de Regalo á las señoras que se habian suscrito por un semestre anticipado. Esta confección puede hacerse de seda ó merino, con bordado y fleco de azabaches. Cada pieza lleva su letrero correspondiente, y en el mismo pliego va el croquis del Abrigo, visto por delante y por detrás.

No habiendo llegado á tiempo los figurines de Peinados se repartirán con el número del día 24.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.